



ORI

*2° Oeste de Buenos Aires
3° 31' Este de Córdoba
66° 48' Oeste de Greerwich
63° 0' 2 Oeste de Paris*

Historias de Santa Fe,
de la ciudad moderna
a la actualidad



TOMO 2

Modernización, desarrollo y conflictos en una capital de provincia



**Santa Fe en la estadística
sobrepasado los 150.000 hab**
El movimiento demográfico del municipio
el tercer trimestre del año en curso,
ha sido en general satisfactorio

DEPARTAMENTOS										
	Alemanes	Austriacos	Belgas	Dinamarqueses	Espanoles	Franceses	Holandeses	Ingleses	Italianos	Portugueses
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
La Capital	418	—	46	—	—	228	—	8	229	16



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL



Santa Fe
Capital





Historias de Santa Fe,
de la ciudad moderna
a la actualidad

Luciano Alonso (coordinador general)

TOMO 2

Modernización, desarrollo y conflictos

en una capital
de provincia

Luciano Alonso

Julieta Citroni

José M. Larker

Francisco Reyes

Natacha Bacolla

Carlos Marcelo Andelique

Natalia Vega

Marcelino Maina

Juan Cruz Giménez

Luciano Alonso

Mariela Rubinzal

Melina Zeiter

María Cecilia Tonon



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL



Santa Fe
Capital

3. **Novedades y conflictos durante la era del progreso (1890-1930)***

Francisco Reyes

TRANSFORMACIONES (NO TAN) SILENCIOSAS DE UNA MODERNIDAD ALDEANA

En un relato notable por los detalles con que describe a sus protagonistas y sus acciones, Mateo Booz proyectó hacia 1930 en «Los regalos de Fred Devores» algunos elementos idiosincráticos que signarían por mucho tiempo a las caracterizaciones de la Santa Fe del cambio del siglo XIX al XX. El personaje principal, la viuda de una familia tradicional del litoral cuyos horarios estaban mojonados por las campanas de la iglesia del Carmen, encuentra que sus modestos recursos económicos no le impiden cumplir a ella y a sus hijas con las costumbres de la sociedad distinguida. Aseguraba que «los compromisos sociales no son en Santa Fe excesivamente costosos», pese a que consideraba desmesurado el pago por el nuevo asfalto que reemplazaba al viejo adoquinado.

Estas actividades podían ser la presentación en sociedad de las mujeres o los bailes en el Club del Orden en honor de una exposición rural; pero también citas en confiterías, paseos por las plazas o asistir a las funciones cinematográficas que ofrecían los varios cines de la ciudad. Para la viuda esto constituía una verdadera rutina ya que —confesaba— «no sé si existen otras

*. El autor agradece especialmente los aportes, trabajos y materiales provistos por Andrea Franco, María Josefina Duarte y Nicolás Benassi quienes hicieron posible completar el presente capítulo.

diversiones en las grandes ciudades, porque nunca he salido (...) del pueblo de mi nacimiento». Y mientras dos de sus hijas se habían casado con sendos comerciantes de Rosario, entendida por contraste como una ciudad signada por ese rubro, una tercera se relacionaba con un joven entrerriano estudiante de Derecho en la Universidad Nacional del Litoral, lo que da cuenta de la relevancia regional de la casa de estudios.

Sin embargo, el dato novedoso tiene que ver con el otro protagonista, el norteamericano Fred Devores. Empresario que vendría a representar el agente dinámico de la economía agroexportadora de la región circundante como propietario de una próspera fábrica de tanino en el norte provincial (uno de los tres principales productos que salían del puerto de ultramar de Santa Fe a inicios del siglo XX junto a los cereales y la madera). Devores es también referente involuntario de la importante ampliación urbana de la ciudad al vivir en un chalet en la recientemente abierta Avenida de los Siete Jefes (la popular Costanera), creada para conectar la capital con la villa de Guadalupe a inicios de los años 1920.

La figura del empresario agroexportador permite a Booz evidenciar otro dato ya instalado para la sociedad santafesina, al menos desde el 1900: el conflicto social producto de un tipo singular de economía en el contexto de lo que se conoce como la primera globalización capitalista. Cuando la viuda visita su estancia en Tartagal —«equipada con un lujo tan original como creo que no haya ninguna en Santa Fe»— no deja de observar sobresaltada, frente a las risas y los cigarros de los colegas de Devores que juegan al tenis y escuchan música en una ortofónica, a una cuadrilla de obreros. La descripción no es menos elocuente que las profundas diferencias de la era del progreso: «unos hombrones morenos y descalzos, con pollerines de arpillera, las cabezas ásperas y los bustos desnudos, espolvoreados de tanino». Estos serían los mismos hombres que poco después encabezan «una sublevación de obreros» —que puede asociarse a los hechos de La Forestal a inicios de la década de 1920 que se saldó con una dura represión— y terminan asesinando al industrial. La viuda se anoticia por las páginas del periódico *Nueva Época*, el más antiguo de la ciudad y, significativamente, en el que se había iniciado en el periodismo local el rosarino Miguel Ángel Correa (verdadero nombre de Mateo Booz) antes de recalar en la redacción de *El Litoral*.

Estos elementos muestran algunos contrastes de aquello que Darío Macor definiera para esa Santa Fe como una «modernidad aldeana». Una ciudad en plena modernización, al fin, pero diferente de la «gran aldea» porteña devenida en metrópolis sudamericana o a la «Barcelona» o «Chicago argentina», según se conociera a la pujante Rosario. Antes bien, la capital provincial

santafesina se configuró como una ciudad-Estado y un espacio urbano particular en el que los sujetos sociales y políticos que actuaban en sus marcos construyeron tramas que no parecían requerir el abandono abrupto de todos aquellos rasgos y señales previos de aldeanidad (Macor, 2014:251). Pese a las diferencias cualitativas y de escala con aquellas dos urbes paradigmáticas, solo una comparación histórica superficial puede minimizar la relevancia de las transformaciones acontecidas para la ciudad y sus alrededores en esos años, a tono con la era que le tocaba vivir.

El repaso de una serie de datos generales entre dos crisis de esa «era del progreso», la de 1890 y la de 1930, revelan rápidamente la magnitud de los cambios. De acuerdo con el primer Censo Provincial de 1887 la población de la ciudad de Santa Fe ascendía a 15 099 habitantes, de los cuales 10 574 eran de nacionalidad argentina y más de un tercio extranjeros (4525); en tanto Rosario contaba con 50 914 habitantes. Hacia el Segundo Censo Nacional de 1895 la capital provincial había aumentado su población en un 50 % (22 244) y Rosario casi había duplicado la propia (91 669); pero ya con el Censo Nacional de 1914 la población de la ciudad se había triplicado (65 769), arribando a 1928 —según el *Anuario Estadístico Municipal*— con 117 171 habitantes o unos 120 000 para todo el municipio (al sumar las localidades costeras de Colastiné y San José del Rincón).

Estos números gruesos arrojaban, para todo el período aquí comprendido, un gran salto poblacional a inicios de la década de 1890, que se estabilizó hasta los años 1920 en alrededor de 5%; así como una fluctuación estacional de la población de origen extranjero (28 % en 1907, 31 % en 1914 y 19 % en 1928) al calor de los ciclos de la economía agroexportadora que hacia la tercera década del siglo comenzaba a agotarse, lo que llevaba a las autoridades a plantear una progresiva «argentinización» de la ciudad. Todo ello permite calibrar hasta qué punto, al menos en términos cuantitativos, experimentó Santa Fe transformaciones que la alejaban de la aldeanidad decimonónica.

Por supuesto, siempre puede atenderse a otro indicador que salta a la vista incluso hoy día, como son ciertos lugares y edificios icónicos de la ciudad, para dar cuenta de lo que fueron esas décadas de cambio y prosperidad para los santafesinos (o, al menos, para algunos de ellos). En primer lugar, la mentada ciudad-Estado albergaba las autoridades provinciales. De allí que la nueva casa de gobierno de estilo francés encargada al arquitecto Francisco Ferrari —que reemplazó al viejo cabildo colonial en el centro cívico de la ciudad con la Plaza de Mayo como núcleo— pasó a formar parte del paisaje entre 1911 y 1917.

Sin embargo, el distinguido Teatro Municipal 1° de Mayo, construido entre las intendencias de Sixto Sandaza y Manuel Irigoyen (1903-1905) para

imponerse al más modesto Politeama, no resulta menos paradigmático de la ciudad que se consideraba cuna de la Constitución Nacional, firmada en esa fecha de 1853. Otro tanto puede decirse del puerto de ultramar, con implicancias que trascendían con mucho al ritmo de la cotidianeidad de sus habitantes o al reemplazo del viejo puerto de Colastiné. Iniciado luego de un convenio entre el gobierno nacional y el provincial en 1903, la obra encomendada por el gobernador Rodolfo Freyre se inauguró en octubre de 1910 y se constituyeron junto al puerto de Rosario en polos de la economía regional. Por otro lado, el puerto de ultramar se convertiría en una vidriera de las relaciones socioeconómicas y del conflicto entre capital y trabajo en la ciudad.

Otra mutación perdurable del ámbito urbano local fue la modernización edilicia y de obras públicas llevada a cabo durante las intendencias de Pedro Gómez Cello (futuro gobernador provincial) y del ingeniero José Urbano Aguirre (profesor del colegio Industrial). En el otoño de la economía agroexportadora, sobre todo la gestión del segundo no solo transformó la fisonomía de la ciudad, sino que además reveló la necesidad de las elites dirigentes santafesinas por atender a necesidades sociales producto del crecimiento de la vieja aldea. Así, la prensa local y también la nacional señalaban algunos hitos urbanos: el parque Garay, los paseos Oroño y Gálvez o avenidas como Alem y Córdoba para el tránsito comercial. De acuerdo con el periódico *Santa Fe*, el intendente se ocupó también de «la vida del trabajador de la zona suburbana», llevando a cabo el afirmado de caminos y la iluminación del ingreso a Santo Tomé, que benefició a los quinteros de la zona y abarató los costos de sus productos; la citada apertura de la avenida Siete Jefes como «una gran puerta al campo, hacia los jardines y oxígeno». Aguirre envió asimismo al Concejo Deliberante un proyecto de «casas baratas» para empleados y obreros, rasgo propio de los gobiernos de los años 1920 en distintas partes del país que promovieron políticas de asistencia social. Por otro lado, se extendieron la red de luz eléctrica y los desagües cloacales, bajo las dependencias de Administración Sanitaria, Obras Públicas y Usina Municipal y la financiación del Banco Municipal. Todo ello gracias a una progresión gradual de los ingresos de la Municipalidad en el primer lustro de la década, correspondientes a aumentos en la tasa municipal y comercial y al producto de loterías y quinielas, así como a empréstitos contraídos por la Municipalidad.¹

1. Santa Fe, 14 de julio de 1925; la repercusión en la prensa nacional se reproduce en La Acción (de Capital Federal), 10 de julio de 1925, que incluía en página completa fotografías de

Como eco de estas obras, el balance del Censo Municipal de 1923 resulta elocuente por su optimismo en relación con el pasado:

La ciudad después de más de dos siglos de vida precaria, inició un desenvolvimiento franco y firme hacia la prosperidad y engrandecimiento, revelando que nuevas y poderosas actividades obraban un proceso evolutivo precursor de un porvenir que hoy se halla asegurado definitivamente. La Municipalidad escollando generalmente en inconvenientes de orden económico, ha afrontado las exigencias emergentes de la intensa y vertiginosa expansión demográfica, iniciada hace aproximadamente treinta años, dotando a la ciudad de todos aquellos servicios y adelantos edilicios propios de las colectividades urbanas que constituyen un modelo en materia de organización sanitaria y mejorando en lo posible sus condiciones estéticas. (Martínez, 1924:33-34)

Este crecimiento y metamorfosis a inicios del siglo XX era materialmente palpable para propios y extraños en la capital provincial, pero existían otras referencias —cuantitativas y cualitativas— que dejan vislumbrar una sociedad dinamizada en distintos frentes. Esto tiene que ver con ese mundo diverso que era la prensa periódica, producto en sí mismo de la complejización de la sociedad y de la modernización tecnológica, y que configuraba algo así como la opinión pública ciudadana. De forma paradigmática, el mencionado *Nueva Época*, que perduró a lo largo de todo este período, se había fundado en 1886 en apoyo de la gobernación que respondía en Santa Fe al Partido Autonomista Nacional (PAN). El periódico podía considerarse en sus orígenes una publicación eminentemente política como otras que circulaban en el país y, en su primer editorial, aseguraba representar «los ideales de la nueva época administrativa, política y social que el gobierno del doctor Gálvez iniciara». Entre los directores y redactores de *Nueva Época* desfilaron en el cambio de siglo algunas figuras relevantes para las letras y la política capitalina, como su fundador, el escritor David Peña, luego el abogado y también historiador Ramón Lassaga, José Ignacio Llobet (intendente de la ciudad en 1893) y el prestigioso novelista Gustavo Martínez Zuviría (conocido por el seudónimo Hugo Wast), cuando el diario comenzó a asumir un perfil cercano al catolicismo.

Menos pervivencia tuvieron otras publicaciones periódicas políticas como *La Unión Cívica* (1890-1892), dirigida por los hermanos Carlos y José Gómez a inicios de la década de 1890 para oponerse al oficialismo provincial desde la agrupación homónima; el efímero *El Independiente* (1892), a cargo de Domingo

Plaza San Martín, de la Catedral y del edificio del Arzobispado, del teatro y el Banco Municipal, de la Casa de Gobierno y del mismo intendente Aguirre.

Silva, vocero de un sector político desprendido del autonomismo provincial que respondía a dirigentes de la familia Iriondo; *La Unión Provincial*, nacido para sostener una coalición política opositora a fines de 1893 y que sobrevivió algunos años más como sostén del gobernador José B. Irurraspe, nuevamente a cargo de Silva, para entonces figura destacada del oficialista Partido Popular. Hacia 1900 los radicales santafesinos hicieron oír su voz desde *La Opinión*, dirigido por Ovidio Molinas, y hacia 1910 también con *La Democracia*, mientras al año siguiente aparecía un diario más importante como *Santa Fe*, con Salvador Espinosa a la cabeza. Para 1918 aparecería el único diario que se mantiene hasta nuestros días, *El Litoral*, por iniciativa de Salvador Caputto y con la pretensión de representar no intereses específicos sino los de toda la comunidad (aunque ello no implicara dejar de tomar posición ante circunstancias concretas), en tanto que hacia fines de los años 1920 *El Orden* dio lugar a una apuesta de tipo más sensacionalista a tono con el llamado «nuevo periodismo» y pensado para una sociedad de masas (Mauro, 2006).

De todas formas, desde algunos años antes circulaban ya publicaciones de otro tenor, menos atentas a las novedades cotidianas que a la defensa de ciertas ideas y al debate público en una sociedad atravesada por diferencias y tensiones de nuevo tipo. Para 1904 los mencionados Lassaga, Ramón Doldán, Julio Busaniche y un joven Martínez Zuviría pusieron sus firmas en *Vida Intelectual. Revista quincenal de Literatura, Derecho y Ciencias*, con una sensibilidad entre el conservadurismo y el catolicismo social en ascenso. Mientras, al año siguiente, desde la vereda opuesta, el recientemente creado Centro de Libre Pensamiento a cargo de Raúl Villarroel publicaba el periódico *Espíritu Nuevo*, que fue reemplazado poco después por *El Liberal* (1915) para reaparecer como quincenario en 1918, cuando en el campo adversario Ramón Doldán desde los Círculos de Obreros Católicos de Santa Fe dirigía *El Amigo del Obrero*, que evidenciaba tanto trasfondos ideológicos como destinatarios sociales privilegiados (Mauro, 2010; Bertero, Pini y Vicentín, 2014). Al filo de la cuarta década del siglo el *Anuario Estadístico* municipal contabilizaba unos nada desdeñables 13 periódicos, entre los rubros comercial, información general u oficiales de alguna institución, tan variados como eclesiásticos, partidarios y de entidades como el *Boletín de Educación* o los *Anales del puerto de Santa Fe* (Municipalidad de Santa Fe, 1930:178).

LA CIUDAD EN EL ESPEJO DEL PASADO

En esas décadas de importantes transformaciones, la ciudad acompañó a nivel local procesos más generales que se estaban operando a nivel provincial y nacional. Por lo cual no debe sorprender que las miradas hacia el pasado —el más o menos remoto de su fundación o el más cercano de la etapa independiente hasta la llamada «organización nacional»— se vieran tamizadas ora por las esperanzas ora por los rencores y temores de sus elites. En todo eso tenía mucho que ver la incipiente construcción de un panteón de héroes a distintos niveles antes, entendidos como referentes para el presente. También jugó un papel destacado a nivel local la muy reciente escritura de las historias provinciales, que en muchos casos contradecían o matizaban los grandes relatos nacionales. Y, por último, un fenómeno que recubría a los anteriores desarrollado a ambos lados del Atlántico era el de las políticas de nacionalización de unas poblaciones —en el caso argentino y santafesino en particular— muy heterogéneas en su origen y composición, a través de ritos escolares, una pedagogía patriótica de estatuas y monumentos, así como de celebraciones y conmemoraciones de fechas patrias.

Si se tienen en cuenta las principales producciones de historiadores locales —pese a sus diferencias— dos nombres aparecen con protagonismo casi excluyente: los antes nombrados Ramón Lassaga y Manuel Cervera, sumándose luego José Luis Busaniche. Se trataba de miembros de esas elites en donde, por momentos, la actividad pública difícilmente permitía desligar la labor cultural e intelectual de la política. Por su parte, Lassaga era un curtido hombre público filiado originalmente en el liberalismo durante el gobierno de Nicasio Oroño que se adaptó a los cambios de finales del siglo XIX. Había ejercido como procurador en el Juzgado Federal de Santa Fe y pasado por diversos cargos electivos desde la década de 1880; fue presidente del Consejo Provincial de Educación y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Provincial de Santa Fe, de la Universidad Nacional del Litoral y del Colegio Nacional. Por ejemplo, fue el encargado de la reseña histórica que acompañó el primer Censo Provincial de 1887, la sinopsis histórico-demográfica de la provincia para el segundo Censo Nacional de 1895 y al momento de su muerte, en 1921, era el único santafesino de la Junta de Historia y Numismática (futura Academia Nacional de la Historia). En momentos en que las provincias argentinas reconfiguraron las relaciones de fuerza en el país, Lassaga se abocó a la defensa del gran caudillo santafesino del siglo XIX que, a la vez, simbolizaba el poder de la capital provincial: el brigadier Estanislao López.

En su reconocida *Historia de López*, publicada a inicios de la década de 1880 —en una edición del gobierno— Lassaga partía de la Revolución de Mayo para analizar el proceso político en Santa Fe y el acenso de la figura del Brigadier. La obra estaba motivada por la refutación de lo que su autor denominaba una «falange de calumniadores» del caudillo local, a quien ubicaba en la estela de la «memoria de los grandes hombres» (Lassaga, 1881:4-5). Por eso, alguien como Domingo Silva lo consideraba un «cantor de la patria, viejo enamorado del terruño, para quien la patria chica es una religión», que cultivaba un «caluroso santafesinismo, rayano en chauvinismo glorioso» y privilegiaba el «canto épico» en sus narraciones históricas.² Años después publicó también en varios tomos su *Hombres notables de Santa Fe*, que apareció como folletín en el diario *Santa Fe*, así como una *Historia de Santa Fe* que el diario *La Nación* incluyó en su especial del Centenario de 1910.

Otra obra de Lassaga que compilaba diversos textos, *Tradiciones y recuerdos históricos* (1895), se focalizó en la ciudad colonial exaltando su lugar preeminente en la posterior historia nacional. En esa reivindicación de la capital provincial en los remotos orígenes nacionales, Lassaga comprendía así su fundación por Juan de Garay en 1573: «Fundóse así la Ciudad de Santa Fé en la Provincia de la Nueva Vizcaya destinada á ser por mucho tiempo la centinela avanzada contra la barbarie indígena (...) Como un oasis en medio del desierto sirvió de base para la fundación de Buenos Aires, la gran capital Argentina» (Lassaga, 1895:31). Su método histórico era apegado a los documentos pero se fundaba, sobre todo, en una tradición oral que reproducía un pasado mítico y entendía que «para rehacer su historia donde faltan pruebas escritas, hay necesidad de recurrir á la tradición transmitida á nuestros padres por sus lejanos ascendientes» (Lassaga, 1895:35 y 36-37).

En esa clave, Lassaga reivindicaba el papel de la Vera Cruz que habría signado de forma providencial la fundación de la ciudad, en donde la religión católica aparece como la civilización frente a la barbarie indígena (Lassaga, 1895:42). En otros capítulos comprendía a la «revolución municipal» de Santa Fe de 1577 y a la llamada «revolución de los siete jefes» de 1580 como actos «precursores de la independencia americana» en la que los criollos se habrían levantado contra las autoridades coloniales (Lassaga, 1895:103, 108 y 132).

Diferente era el tono y el método de un autor como Cervera, que pertenecía a una generación posterior, aunque al igual que en Lassaga adquiere preeminencia la ciudad colonial y de la posindependencia. Este abogado formado

2. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1914.

en Buenos Aires, que a inicios del siglo XX actuaba como juez en el Superior Tribunal —dejada atrás su militancia juvenil en la Unión Cívica Radical (UCR)— y que llegaría a ser uno de los fundadores de la Junta Provincial de Estudios Históricos (1935), se basaba para su célebre *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853* (1907) en las obras de alcance nacional de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Adolfo Saldías. A diferencia de su antecesor, Cervera pretendía efectuar una reconstrucción histórica lo más escrupulosa posible y apegada a una «continuada revisiones en los archivos públicos» (sic) que implicaba según él un «trabajo benedictino de revisión de papeluchos antiguos, de anotaciones diarias». Esta intención de una historia objetiva para el ámbito local y regional tenía como premisa para el historiador abreviar en la más general de la nación que se consolidaba en esos años, en el marco de un imaginario de su progreso presente y futuro: «Debe ser conocida con todos sus defectos y miserias, con todas sus contrariedades y caídas, en su incipiente creación y su posterior progreso, para apreciarla y quererla más y más» (Cervera, 1907, I:4 y 7).

En un relato que terminaba incluso más allá de la sanción de la Constitución Nacional, Cervera encontraba en la Revolución de Mayo y la posterior disgregación del poder central la emergencia de múltiples «Ciudades Provincias», entre las que ubicaba por supuesto a Santa Fe. Pero su singularidad radicaba más bien en pugnar en favor de la perdida unidad nacional en tiempos de divisiones. De todas maneras, el panorama presentado para el siglo XIX no es nada halagüeño: «La ciudad de Santa Fe, poco adelantó en este segundo período de su historia. Encerrada dentro de un pequeño radio, sus calles continuaron siendo el suplicio (...) Las continuadas guerras civiles e invasiones de indios, impedían los adelantos de una ciudad pobre» (Cervera, 1907, II:905). Solo con la inmigración, el crecimiento económico y el cambio de hábitos es que Cervera encuentra la senda del progreso para Santa Fe y su entorno, aunque tampoco dejaba de recelar en sus conclusiones de tinte regeneracionistas contra el falseamiento de las instituciones republicanas. Esta labor terminó cerrándose de alguna manera en la década de 1920 cuando, por intermedio del propio Cervera, el gobierno provincial de Enrique Mosca adquirió los documentos de las actas del Cabildo colonial de Santa Fe de manos de la viuda de Lassaga (Cervera, 1924:3-4). De esa manera, la llave de la historia de la ciudad comenzaba a dejar de estar en pocas manos.

Esto último podía advertirse en ese acontecimiento tan relevante para la ciudad como fue la inauguración de la estatua ecuestre de José de San Martín en la plaza homónima. Con la presencia del gobernador Freyre y del presidente Julio Roca, el acto de octubre de 1902 tenía mucho de clima autocelebratorio

de unas elites que encabezaban en distintos ámbitos a la capital provincial y los diarios destacaban en primera fila a miembros de las familias de la «alta sociedad». Como otros casos de estatuomanía de inicios del siglo XX en el país mediante los que se fue consolidando un panteón de héroes patrios, entre los 4000 manifestantes también desfilaron representantes de los tres poderes provinciales y comisiones de escuelas públicas³ que daban cuenta del interés de los diversos niveles estatales por fijar referencias en el pasado.

Por diversos motivos, más tiempo llevó la concreción del monumento dedicado al Brigadier López, ya establecido como casi único prócer local. El proyecto contaba con antecedentes que databan, al menos, desde 1886 con el centenario del nacimiento del caudillo, pero recién en 1925 una comisión apoyada por el gobernador Ricardo Aldao comenzó a reunir fondos a partir de un acto para el 25 de Mayo; fueron delegados los trabajos en los historiadores Félix Barreto y José Luis Busaniche. Este último publicaría en 1927 con fondos oficiales su *Monumento al Brigadier General Estanislao López. Antecedentes legislativos*, gracias a un subsidio aprobado por las cámaras legislativas de la provincia. Sin embargo, diferendos entre este historiador y el escultor a cargo dilataron la finalización hasta entrados los años 1940 (Micheletti, 2013; Carrizo y Giménez, en prensa).

Ahora bien, el acontecimiento por antonomasia que se ubica a medio camino en este recorrido histórico y que balizó la relación entre pasado, presente y futuro en la ciudad fue, como en buena parte del país, las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, a cargo en Santa Fe del intendente municipal Edmundo Rosas. La conmemoración demostró, por un lado, la importante presencia —y asimilación— de las principales comunidades inmigrantes, como la española y la italiana; la consolidación de una topografía simbólica de la urbe capitalina que anudaba diferentes espacios públicos e instituciones representativas, por otro lado; y, por último, el éxito de una política estatal (nacional, provincial y local) de nacionalización de masas en donde la entidad de la patria y sus próceres actuaba como amalgama de lo que, por debajo, eran profundas diferencias étnicas y sociales.

El repertorio festivo de la semana de Mayo incluyó todo tipo de iniciativas: la inauguración de placas conmemorativas donadas por españoles e italianos en las plazas San Martín y de Mayo; un «mitin magno» organizado por el Jockey Club que repartió 5000 escarapelas con la presencia de cónsules extranjeros, autoridades provinciales y locales, escuelas públicas y hasta

3. *Nueva Época*, 29 de octubre de 1902.

organizaciones obreras; «bailes populares» organizados por el club Gimnasia y Esgrima; una carrera de jóvenes nuevamente entre las plazas de Mayo y San Martín, a lo que se sumó la inauguración de una sala de lectura municipal en el Mercado Central; una importante presencia de las escuelas primarias y los colegios públicos secundarios (Nacional e Industrial) con discurso de Domingo Silva en plaza San Martín, colocación de flores en las tumbas del Brigadier López, José Amenábar y Francisco Seguí; también cantos del Himno Nacional por los escolares en esa plaza y la de España con discurso del historiador José Luis Busaniche.

Y, finalmente, los actos oficiales con iluminación blanca por la nueva Usina Municipal de electricidad en edificios públicos, bancos y asociaciones varias, Te Deum en la Catedral metropolitana con salvas al amanecer, «procesión cívica» en Plaza de Mayo, fuegos artificiales nocturnos en el puerto de ultramar en construcción y función de gala en el Teatro Municipal con autoridades, cónsules extranjeros y comisiones de asociaciones. Y, para coronar todo ello, el intendente Rosas promovió una ordenanza municipal —aprobada por el Concejo Deliberante— para «la designación de algunas calles que recuerden los hechos históricos de nuestros antepasados» en homenaje a la revolución de independencia, con nombre como 1° Junta, Santiago de Chile y Blandengues.⁴ Una ciudad en plena transformación urbana y social se celebraba a sí misma en el espejo de una nación próspera, pero también lo hacían sus «ciudadanos representativos» y asociaciones de diversa índole que demostraban un evidente protagonismo.

LO ALTO, LO BAJO... Y ENTRE MEDIO EN TIEMPOS DE CAMBIO

Lo cierto es que esos años de importantes transformaciones sociales fueron, por eso mismo, marco de cierta efervescencia en el activismo de todos los peldaños de la escala social. Esto se reflejó en la creación de diferentes tipos de asociaciones, tanto de las florecientes elites socioeconómicas de la ciudad (si se las comparaba con sus antecesoras del siglo XIX) como de unos sectores trabajadores diversificados a partir de la agroexportación portuaria y de las actividades urbanas. Como se dijo, estos fenómenos excedían a una ciudad como Santa Fe, que moduló a su manera los procesos de creciente distinción

4. *Nueva Época*, 19 y 20 de mayo de 1910.

social y las tensiones producto de un progreso que tenía grandes y pequeños ganadores, pero también sus perdedores.

Por un lado, se advierte una continuidad y una adaptación a nuevas pautas en una institución preexistente de la elite local como el Club del Orden. Caracterizado a inicios de la década de 1890 como «punto de cita de toda nuestra sociedad distinguida» al efectuarse en sus salones el bazar de la Sociedad de Beneficencia,⁵ una práctica en donde se destacaban las mujeres de las familias tradicionales, poco a poco el club se autoimpuso reforzar esa distinción. Por ejemplo, mediante la adquisición de un mobiliario más suntuoso o la sofisticación de sus famosos bailes —como al que asistiera Fred Devores—, al contar con nuevos servicios para los invitados y para la gastronomía. Todo lo cual tenía que ver con las transformaciones de la sociedad santafesina que acarrearón que la propia masa societaria de la institución se viera plagada de inmigrantes acomodados y de sus hijos, lo cual no obstaba para que sus comisiones directivas mantuvieran una presencia estable de elencos del patriciado local (Benassi, 2022).

Estas inquietudes no dejaban de estar a tono con ciertas críticas provenientes de voceros de la ciudad respecto de la falta de «cultura» de la «familias más pudientes retraídas continuamente en sus viviendas» o en la monotonía de «las prácticas religiosas en los templos o con las obligadas visitas». Justamente uno de los contrastes que solían presentarse con la más cosmopolita Rosario, lo que demandaba entrar «de lleno en las costumbres de los pueblos modernos». Reclamos que seguramente tuvieron que ver con la fundación en la década del 1900 del Club Social. Suerte de complemento modernizante del Club del Orden —ubicado también en calle San Martín—, estipulaba en su acta fundacional que podían formar parte «todas las personas, sin distinción de nacionalidades, ni de creencias políticas y religiosas, con tal que tengan una profesión conocida y que a la honradez y moralidad del socio y de su familia se una el buen comportamiento».⁶ Pocos años después, sus instalaciones contaban con sala de lectura, un espacio para damas, mesas de juego, tres mesas de billar, sala de esgrima y buffet.⁷ La tendencia hacia una mayor visibilidad de los altos rangos sociales estaba ya instalada a nivel nacional y en las principales ciudades del país, por ello en Santa Fe se replicó

5. *Nueva Época*, 29 de abril de 1892.

6. La primera cita corresponde a *Nueva Época*, 28 de febrero 1903; el Acta del Club Social se transcribe en *Unión Provincial*, 2 de octubre de 1903.

7. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1914.

entre 1905 y 1913 la creación del Jockey Club. Cuando el precario hipódromo original fue destruido por vientos, se reinstaló en 1908 para albergar a los seguidores de un deporte hípico cada vez más popular en esos años, al mismo tiempo que se adquirió la sede del centro social del club en calle San Martín y visitada por el presidente Figueroa Alcorta.

Dentro de la misma órbita de las elites locales, otro sentido tuvo la existencia del Club Comercial fundado en 1884, con el futuro gobernador Ignacio Crespo como primer presidente. Esta institución actuaba como factor dinamizador de la actividad económica de la ciudad en sintonía con los intereses de las casas comerciales locales, ya sea repartiendo semillas de cereal, interviniendo en la construcción de nuevos ramales del ferrocarril, así como defendiendo sus tarifas ante las autoridades (Lloyd, 1911:605-613). El Club Comercial jugó un papel importante en la presión para la construcción del puerto de ultramar al constituir su presidente —el empresario agrícola José Maciá de la zona de Santo Tomé— una comisión que acompañó en 1903 al gobernador Freyre en su pedido al gobierno nacional.

No casualmente bajo el gobierno de Freyre se creó esa asociación que por excelencia pretendía representar los avances de la economía agrícola-ganadera, la Sociedad Rural de Santa Fe, que contaba con antecedentes en otras ciudades. La sede de exposiciones se instaló en Boulevard Gálvez y se colocó su piedra fundamental con representantes de autoridades nacionales, provinciales y municipales. En 1905 realizó la primera exposición-feria ganadera, agrícola e industrial y vio nutrir sus comisiones directivas con varios dirigentes locales de peso, como Ricardo Aldao (presidente en 1912, que lo había sido del Club del Orden entre 1898 y 1901 y gobernador provincial en 1924), José Gómez (presidente en 1913 y antiguo ministro de Instrucción Pública y Agricultura de Crespo en 1911) o el citado Cervera (secretario bajo Aldao) (Lloyd, 1911:604). Poco después, en 1912, la Bolsa de Comercio santafesina, que seguía el ejemplo de la de Rosario, terminó de completar la trama de asociaciones que nucleaban a los sectores propietarios de la ciudad; lo que en el caso de la Bolsa se tradujo en una cooperación de las casas exportadoras del puerto.

Como se advierte, las elites santafesinas eran lo suficientemente abiertas como para ir incorporando nuevos miembros pero también lo esperablemente restrictivas como para que sus cabezas ocuparan lugares preeminentes en distintos espacios. Para el final del período, algunas de sus asociaciones todavía mostraban toda su vigencia y exclusivismo, como el Club del Orden que contaba con 285 socios y la cuota societaria mensual más alta de todas (\$10), mientras que el Club Social había desaparecido; el Jockey Club sumaba más

socios pero con una cuota más modesta (\$5), en tanto la Bolsa de Comercio tenía una nutrida membresía de 440 socios con una cuota menor (\$3).⁸

Coetánea de la de las elites, la experiencia de las clases trabajadoras de la ciudad se reveló diferente en su articulación y, en gran medida, atada a los ciclos de agitación y protesta obrera propios de la economía agroexportadora. Como eco de un fenómeno de alcance mundial, Santa Fe también tuvo sus hitos en la materia. Según historizaba al año siguiente un periódico socialista, si el 1º de Mayo se celebró por primera vez en 1890 en muchas ciudades del mundo occidental el Día Internacional de los Trabajadores, lo propio ocurrió en Buenos Aires, y en la capital provincial se creó la Sociedad Internacional Obrera de Santa Fe. Para 1891 la fecha se consolidó con la celebración por parte de la filial local de la Federación Obrera que tenía sede en Capital Federal. Dicha asamblea de 350 trabajadores de la compañía del ferrocarril francés Five Lilles se concretó por varios años en el Jardín Recreo (en la intersección de las calles Catamarca y San José, en la periferia oeste de la ciudad), pero antes que reclamos exclusivamente gremiales, el principal orador y corresponsal del periódico porteño *El Obrero*, Teodoro Malrony Maloney, enfatizó en que el mejoramiento de las condiciones de vida de la «clase proletaria» era inseparable de su «acción política». No se conocen las dimensiones de estas primeras manifestaciones, pero el hecho de que la policía provincial prohibiera la de 1897 permite aventurar que ya tenían cierta notoriedad.⁹ Para entonces varios gremios locales habían comenzado a converger en organizaciones más abarcativas, como la Unión Tipográfica Santafesina y Anexos de 1896 (Duarte y Franco, 2019).

Este proceso se aceleró en los primeros años del 1900 al calor de las primeras huelgas generales en el país. En 1903 surgieron en el puerto de Colastiné, foco de las tensiones locales, dos agrupaciones con objetivos encontrados: la sociedad de socorros mutuos de Contratistas, Estibadores y Trabajadores, que pretendía arribar a una conciliación entre las partes con la dirección de compañías como La Forestal del Chaco y Crédito Territorial; y el Centro Obreros Unidos de Colastiné que entró rápidamente en huelga protestando por la falta de cumplimiento de los acuerdos salariales.¹⁰ Un espacio como el Centro de Estudios Sociales —que seguía ideas anarquistas— actuó como plataforma

8. Los datos de estas asociaciones y de las siguientes se extraen de Municipalidad de Santa Fe (1930).

9. *El Obrero*, 1 y 24 de mayo de 1891; *La Vanguardia*, 9 de mayo de 1897.

10. *Nueva Época*, 31 de marzo y 09 de abril de 1903.

para que 380 trabajadores de Santa Fe y Colastiné se plegaran a una huelga por la jornada laboral diaria de 8 horas decretada por la Federación Obrera de Buenos Aires y Rosario. Pero fue recién a fines de 1904 cuando apareció la mayor parte de los gremios en el local de la Federación Obrera de la ciudad en calle San Martín 431, con Fernando Torres como secretario y delegado en la Federación Obrera Regional Argentina: Artes Gráficas, Mozos y Cocineros, Albañiles, Talabarteros, Herreros, Carpinteros, Pintores, Cigarreros y Cigarreras, Alpargateros, Peluqueros, Adoquinadores y Fundidores, en tanto los trabajadores nucleados en los galpones del Ferrocarril Francés se organizaron como Oficios Varios.¹¹ El balance al que arribara *Nueva Época*, que bregaba entre la represión de la protesta y ciertas mejoras en las condiciones laborales para evitar las huelgas, era:

El obrero en Santa Fe es por regla general extranjero, y los pocos argentinos son la mayor parte forasteros: quiere decir que no tiene ningún arraigo y vinculaciones con nuestra sociedad cuya población obrera puede ser calificada de flotante... Se ve, pues, que el medio ambiente es propicio a la propaganda de ideas avanzadas, de intransigencia y aún de tumultos y desórdenes.¹²

Una institución creada expresamente para contrarrestar este avance de la agitación obrera y las ideas de izquierdas fueron los Círculos de Obreros Católicos que encabezara en Capital Federal el padre Federico Grote. Por eso, en el movido año 1904, en los salones del Colegio de la Inmaculada Concepción, Grote presidió la organización del Círculo local a cargo de Ramón Doldán, quien ese mismo año lanzara junto a Lassaga la revista de tendencia católica *Vida Intelectual*¹³ y después dirigiría *El Amigo del Obrero*. En gran medida, esta contraofensiva respondía a la pujanza de la iglesia santafesina que en 1900 logró instaurar el obispado en la ciudad a cargo de Juan Boneo y con la Virgen de Guadalupe como «titular» protectora.

Fue una década que vio sucederse algunos hitos para el catolicismo local, como la primera peregrinación oficial al santuario guadalupense y la creación de «comisiones vecinales» —con ramas masculina y femenina— en las parroquias para erigir el nuevo santuario. Para 1920 se formaron los comités de la Acción Católica Argentina presididos por Doldán —en consonancia con un fenómeno dirigido desde el Vaticano— que podían actuar políticamente

11. Entre otras fechas, *Nueva Época*, 31 de diciembre de 1903 y 20 de noviembre de 1904.

12. *Nueva Época*, 2 de diciembre de 1904.

13. *Nueva Época*, 21 de septiembre de 1904.

al movilizarse en oposición a la laicista constitución provincial de 1921 o coordinar la coronación de la Virgen de Guadalupe en 1928, que congregó a miles de personas en verdaderos actos de masas en la ciudad (Mauro, 2010).

Este acontecimiento que otorgó un singular protagonismo nacional a Santa Fe se produjo el mismo año en que la protesta obrera alcanzó su cénit a partir de la huelga portuaria de la Federación Obrera Marítima que respondía a la tendencia del sindicalismo revolucionario y se solidarizó con sus pares rosarinos. Un hito que se saldó con enfrentamientos entre huelguistas y rompehuelgas contratados por unas alarmadas clases propietarias nucleadas en la Bolsa de Comercio, seguidos de una fuerte represión, prisión y muerte de huelguistas. La resonancia de los hechos y un cortejo fúnebre de 3500 personas con apoyo de todo tipo de gremios y probablemente de parte de la población (Duarte, 2021) permiten asegurar que el panorama santafesino había cambiado mucho en esos años de crecimiento económico, pero también de desigualdad social y de ebullición ideológica.

Menos ruidosas, pero no menos importantes para el desarrollo de una cultura progresista y de izquierdas a nivel local, fueron otras asociaciones protagonistas de la vida pública santafesina. Por ejemplo, las ideas liberales y laicistas tuvieron un mojón con la constitución en 1889 de la Logia Armonía N° 99 por iniciativa del comerciante José Ignacio Caminos, sucediendo a ensayos previos. Los vínculos en pos de actividades filantrópicas, culturales y educativas se tejieron rápidamente con centros como el liberal Bernardino Rivadavia que hacia 1900 presidía el futuro gobernador Freyre, o con asociaciones étnicas como las italianas Roma Nostra (formada en 1895) y la de socorros mutuos Unione e Benevolenza.¹⁴ El carácter abierto de este conjunto, en el que destacaban inmigrantes pujantes, notables locales e intelectuales progresistas, podía incluir colaboraciones con la citada Federación Obrera en protesta contra la represión gubernamental o con la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos (fundada en 1893). Objetivos de largo aliento, como la creación de un colegio nacional en la ciudad que disputara la formación de las elites al colegio jesuita de la Inmaculada, se prolongaron entre 1899 y 1904, cuando Manuel Menchaca logró el apoyo de la Logia y de personalidades como Domingo Silva desde el Consejo Provincial de Educación de la gobernación de Freyre (Bertero, Pini y Vicentín, 2014:28-55). En ese clima cobró forma el Centro de Librepensamiento (1905), pensado por sus promotores Luis

14. Aquí no se analizará esta importante presencia en la ciudad, que puede consultarse en Tornay (2017).

Bonaparte —periodista de *Nueva Época*—, Raúl Villarroel y Menchaca, como un «centro intelectual» que aportara una biblioteca y una publicación para la difusión de sus ideas frente al notorio avance del clericalismo en la ciudad.¹⁵

Estas iniciativas se tradujeron, asimismo, en la piedra de toque de futuras instituciones fundamentales para Santa Fe, como la concreción de un Comité Pro-Universidad en una asamblea en la Sociedad Cosmopolita en junio de 1906 que actuó como tribuna de presión para la creación de la futura Universidad Nacional del Litoral (Piazzesi y Bacolla, 2015). Imbuida de una amplia cultura de izquierdas, una biblioteca como la Émile Zola se formó en 1912 mediante el esfuerzo de un grupo de obreros con sede en calle 25 de Mayo casi Suipacha. Unos años después, este foco de ideas tan contestatarias como ilustradas sumaba más de 100 socios y estantes con unos 500 volúmenes de todo tipo, era sede de reuniones por el 1º de Mayo y de múltiples charlas y actividades. Allí podían leerse desde las obras de Tolstói y Victor Hugo hasta Virgilio, Spencer y Renan, pasando por Sarmiento e Ingenieros, algo que permitía decir al cronista del diario *Santa Fe* que «el boato no es ciertamente la característica de esta institución modesta por excelencia, que funciona con un organismo sumamente sencillo y accesible al espíritu popular deseoso de sapiencia y perfeccionamiento intelectual».¹⁶ Con pocas décadas de diferencia, la ciudad de inicios del siglo XX gozaba de una vida asociativa y cultural pujante y plural, en donde estaban representadas una gran variedad de voces e ideologías.

Una forma de sociabilidad que originalmente se filiaba en la de las elites pero que luego fue adquiriendo un talante más inclusivo fue la de los clubes sociales y deportivos, entre los que se destacaron Gimnasia y Esgrima y Regatas. En efecto, ambas instituciones se perfilaron en la década de 1890 como iniciativas que demostraban vitalidad y modernidad de costumbres en la ciudad, aunque los bailes de sociedad en donde se destacaba lo selecto de la concurrencia fueron un dato recurrente en las crónicas de prensa.

En el caso de Gimnasia y Esgrima, cuyos estatutos datan de 1901, su primer presidente fue un protagonista de la vida pública santafesina, José Gómez, quien promovió la práctica de la esgrima (propia de los sectores sociales acomodados) y de la pelota-paleta. Ya en 1920 la popularidad del boxeo derivó en verdaderos «festivales pugilísticos» nocturnos en el club de las calles 4 de Enero y Juan de Garay. No obstante, la extensión de este deporte atrajo

15. *Nueva Época*, 02 de diciembre de 1904.

16. *Santa Fe*, 02 de octubre 1916.

entusiastas que los socios más tradicionales del club encontraban reñidos con «la moral y las buenas costumbres» ya que —según se comentaba a un diario— «desnudos completamente dan un feo espectáculo».¹⁷ Para ese entonces Gimnasia y Esgrima era un club que, con unos 500 socios y una cuota mensual de \$5, podía enorgullecerse de las instalaciones de mayor valor de la ciudad. Por su parte, Regatas se propuso seguir los pasos de sus análogos porteños al ubicarse en la costa de la laguna Setúbal cuando en 1909 se concretó su acta fundacional. Si bien en sus inicios se trataba —como muchas otras— de una institución exclusivamente masculina, con el correr de los años las mujeres, que ya asistían en familia o acompañando a remeros y nadadores, se sumaron a las actividades náuticas y a las competencias patrocinadas por el club y hacia la década de 1920 ya las tenía de carácter mixto. Con su emplazamiento privilegiado, las regatas resultaron muy atractivas para un público que las consideraba una fiesta social, como las que se celebraban por el Día del Estudiante acompañadas por bandas de música.¹⁸ Algo que explica que a fines de la década Regatas alcanzara más de 800 socios con una cuota similar a la de Gimnasia y Esgrima, dos clubes que animaron la vida social y deportiva de la ciudad en tiempos en que podía dejar de ser tildada de aburrida aldea.

LA VIDA POLÍTICA EN ESCALAS

Como en otras instancias antes recorridas, no toda actividad política en el marco de la ciudad era de carácter estrictamente municipal. En este sentido, Santa Fe fue protagonista de diversos acontecimientos relevantes en los niveles provincial y nacional que destacaban su calidad de ciudad-Estado. Además, esos sucesos revelan cómo en esas décadas la política dejó de estar referenciada casi exclusivamente en procesos locales y regionales para articularse con aquellas escalas, en ocasiones, superpuestas. Dicho esto, los espinosos asuntos de si el municipio era un espacio propio de la política o de la simple administración, así como las prerrogativas de los cuerpos y autoridades locales, continuaron presentes y fueron puestos a prueba por las sucesivas reformas constitucionales de la provincia en 1890, 1900 y 1921, al igual que por las Leyes Orgánicas de Municipalidades. Ello debido a que en la primera de las reformas se negó derechos electorales a los extranjeros en los comicios

17. *Santa Fe*, 5 de septiembre de 1922, 5 de diciembre de 1925 y 23 de marzo de 1926.

18. *Santa Fe*, 2 de octubre de 1916, 12 de octubre de 1920 y 22 de septiembre de 1921.

locales y se quitó a los vecinos el derecho de elegir al intendente municipal (designado por el Ejecutivo provincial); mientras que en 1900 se retrotrajo el derecho a votar de los extranjeros.

Por cierto, estas normativas desalentaban o volvían poco atractiva la compulsa municipal en el Concejo Deliberante. La norma fue la primacía de la fuerza de gobierno provincial que, en un contexto nacional de oligarquización, no enfrentaba una oposición consistente. Tanto que era usual que directamente no se presentaran otras fuerzas en elecciones conocidas como canónicas. En la década de 1890, con claro predominio del Partido Autonomista Santafesino, los voceros locales de opositora Unión Cívica llamaron a los vecinos a movilizarse para pedir la renuncia de un consejo inactivo. Envalentonados por la agitación a nivel nacional luego de la Revolución del Parque, los cívicos de la capital provincial fueron rápidamente silenciados al cerrarse su periódico y huir sus dirigentes, triunfando el oficialismo en la elección de tres ediles «sin que el más pequeño rastro de oposición haya ido a interrumpir la buen armonía de la elección».¹⁹ Para esos años, la ciudad contaba con cuatro secciones electorales (Norte, Sur, Este y Oeste) que se correspondían con otras tantas parroquias urbanas.

Pero un hecho resonante vino a sacudir a Santa Fe en julio de 1893. La revolución radical del 30 de julio encabezada por Mariano Candioti y desarrollada en todos los departamentos de la provincia se coronó con la toma del Cabildo, en el cual se plantó la bandera blanca y roja de la UCR, dando lugar de facto al llamado «gobierno de los 21 días». Este conflicto al interior de las elites políticas locales dejó durante años en la memoria el para algunos pintoresco y para otros amenazante desfile en la Plaza de Mayo de los tiradores venidos de las colonias vecinas. El alzamiento armado electrizó momentáneamente la política santafesina, pero anticipó cambios duraderos de la última década del siglo.

Cabe mencionar a los clubes políticos, que ya existían como tales pero que dinamizaron sus intervenciones en función de organizar a dirigencias y bases. En el caso del autonomismo el principal era el General López (nombre sugerente de la identidad local), en esos años comandado por el hombre fuerte del partido, Luciano Leiva, ministro que en 1892 aseguró la elección presidencial del Partido Autonomista Nacional en la ciudad y la suya propia como gobernador en 1894. El Club del Pueblo era un nucleamiento que venía de la etapa anterior como representante de la poderosa familia Iriondo y

19. *Nueva Época*, 3 y 31 de mayo de 1892.

que se escindió del autonomismo y mostró que los notables con trayectorias consolidadas fluctuaban entre sucesivos armados y coaliciones nacionales y provinciales al calor de los flujos y reflujos de una etapa inestable. En cuanto a la UCR, los nombramientos provisorios de nuevas autoridades policiales en la ciudad y la campaña rural favorecieron la instalación de sus cuatro clubes parroquiales con nombres de próceres nacionales y de líderes partidarios (San Martín, Rivadavia, Alem y Candiotti). En esos años los radicales disputaron la calle a los autonomistas, ambos con sus respectivas bandas de música y banderas identificatorias, y provocaron algunos choques (Reyes, 2010).

Pero el derecho de reunión no siempre fue respetado en la ciudad. Ya se vio que algunos trabajadores de Santa Fe se congregaban para festejar el 1º de Mayo, pero la Agrupación Socialista Obrera no obtuvo su permiso policial en 1895. De todas formas, las novedades estaban en curso y la Federación de Trabajadores de Santa Fe, cuyo local se situaba en calle Crespo, pudo adherir ese año al naciente Partido Socialista con sede en Capital Federal.²⁰ De esa manera, Santa Fe podía actuar como lejano eco de la Segunda Internacional creada en 1889. Con todo, la política local continuó en manos de los gobernantes provinciales gracias a mecanismos institucionales como el nombramiento de los intendentes y el control policial o por la capacidad más informal de cooptar a opositores y díscolos al incluirlos en sus listas a cargos electivos o en cargos públicos. Lo que se vislumbra con la apertura y la hegemonía producida por los gobiernos de Iturraspe y Freyre desde el nuevo Partido Popular, que incluyó a viejos autonomistas, iriondistas y radicales dispersos. Este último fue el caso de Marcial Candiotti a inicios del siglo XX, concejal y reorganizador de los clubes locales consecuencia de las crecientes divisiones de la cúpula oficialista.²¹

Pese a todo, la política santafesina no dejaba de tener su colorido. Las salas y teatros de la capital provincial —como el popular Politeama— solían engalanarse en ocasión de conmemoraciones y convenciones partidarias que podían albergar también a las mujeres de las «familias de gobierno» de la ciudad. Los radicales lo hicieron con bustos de sus líderes y banderas argentinas y rojiblancas al recordar su revolución; así como los populares apoyaron en 1903 la candidatura presidencial de Manuel Quintana con guirnaldas y retratos del presidente Roca, Iturraspe y Freyre.²² Ello no obstaba para que las decisiones

20. *La Vanguardia*, 25 de mayo y 13 de julio de 1895.

21. *Nueva Época*, 5 de febrero de 1904.

22. *Nueva Época*, 24 de noviembre de 1903.

de la política en clave notabiliar se tomaran en los espacios (semi)privados de los domicilios de sus dirigentes: la casa de Rafael Funes, vicepresidente del Partido Popular, el estudio jurídico frente a la Plaza de Mayo del radical Domingo Frugoni Zavala o la casa del terrateniente radical Ignacio Iturraspe.

Por supuesto, las manifestaciones públicas ofrecían otro rostro y se convirtieron en vistosas prácticas recurrentes de la política local en el cambio de siglo. En general, eran ciertas coyunturas de agitación más general las que acicateaban la movilización de voluntades, por ejemplo, cuando los radicales reunieron unas 2000 personas en 1893 en apoyo del «gobierno de los 21 días» trayendo en ferrocarril participantes de otras localidades cercanas. Sin dudas rutilante, en términos de presencia pública en la ciudad y de proyección nacional, fue la visita del líder de la UCR Hipólito Yrigoyen y el presidente de su Comité Nacional, José Crotto, quienes apoyaron en un acto y desfile masivos al candidato a gobernador partidario Manuel Menchaca en marzo de 1912.²³ Y cuando el Partido Socialista logró instalar un centro de forma permanente en la ciudad, los desfiles del 1º de Mayo se sucedieron en los años posteriores a la reforma electoral de 1912, con un trayecto que solía ir desde la Plaza España hasta la de Mayo. Con los socialistas podían colaborar (y a veces competir) militantes de la Federación Obrera —primero anarquista y luego sindicalista revolucionaria—, la Federación Estudiantil y algunos exponentes del librepensamiento, como Bonaparte, ya sea en favor de la educación laica, en apoyo a la Revolución Rusa o con críticas al militarismo en tiempos de la Primera Guerra Mundial.²⁴

Esas décadas de 1910 y 1920 presentaron ya un panorama político mucho más activo, con diversos partidos protagonistas en la ciudad, razón por la cual no fueron extraños los choques, por ejemplo, entre radicales y socialistas (1915) o con la policía que respondía al gobierno de la UCR provincial (1918). Al respecto, un hecho trascendente fueron las discusiones en la Legislatura con motivo de la reforma constitucional en 1921, instancia de confrontación ideológica que llevó a que los sectores liberales y progresistas (algunos de la UCR, otros del Partido Demócrata Progresista, la Federación Universitaria) midieran fuerzas en el mes de abril en las calles céntricas de la ciudad-Estado frente a sus oponentes clericales (radicales y miembros de la Acción Católica sostenidos por la Iglesia santafesina) (Mauro, 2010).

23. *Caras y Caretas*, 31 de marzo de 1912.

24. *La Vanguardia*, 2 de mayo de 1914, 2 de mayo de 1915 y 2 y 3 de mayo de 1917.

A otro nivel, con la Ley Sáenz Peña y una nueva Ley Orgánica de Municipalidades se ampliaron los marcos de la participación en la política doméstica, pero con la particularidad de que los comicios para concejales requerían el paso previo de inscripción al registro electoral municipal de los contribuyentes (nacionales o extranjeros) capacitados para votar. Esto podía dar lugar a irregularidades por la falta de control en las mesas, por un lado, o a que fuerzas locales se rigieran por lealtades que no necesariamente reproducían las provinciales y nacionales, por otro lado. El nivel local de la disputa tenía así una lógica específica. Sin ir más lejos, recién en 1918 el radicalismo (gobernante en la provincia desde 1912) desembarcó como tal en el Concejo Deliberante en un contexto de críticas a la gestión municipal y a los ediles por las finanzas de la ciudad y por el estado precario de una capital con rostro opaco. Este fue el marco de un conflicto entre el intendente y el Concejo al decretar el primero nulas a las elecciones de concejales en 1918, lo que paralizó la actividad del cuerpo y recalentó lo que se conoció como la «cuestión comunal».

La tensión en el municipio tenía que ver con concepciones preexistentes (como la reflejada por las constituciones provinciales) sobre si la ciudad debía ser un espacio de gestión y administración de los asuntos públicos o uno más bien de disputa política que replicara los clivajes más generales de la democracia moderna. Un indicio de resolución fue la formación en 1919 de una nueva fuerza, la Unión Comunal, de la que formaban parte personalidades de relieve como el futuro intendente Aguirre y el director del diario *Santa Fe*. Los temas instalados por estos actores eran algunos de los más acuciantes para los vecinos, como el arreglo de caminos, la construcción y ampliación de plazas y la edificación urbana. Para el año siguiente, la cuestión comunal se destrabó durante la intendencia de Joaquín Rodríguez al encararse asuntos como el funcionamiento de la Usina Municipal de electricidad, la regulación de las ferias francas y, sobre todo, el saneamiento del presupuesto municipal.²⁵

Como se analizó al inicio del capítulo, la bonanza económica posterior a la crisis generada por la Primera Guerra Mundial y previa a la de 1930, junto a gestiones municipales prolíficas, permitieron modernizar el rostro de la ciudad. No obstante, la discusión de otra Ley Orgánica de Municipalidades en la segunda mitad de la década de 1920 volvió a tornar conflictiva la relación entre intendentes designados desde arriba y un Concejo electo. En especial, al reflotarse la vieja cuestión de la autonomía del municipio en un sistema

25. *Santa Fe*, 5 de marzo de 1918, 26 de noviembre de 1919 y 18 de marzo de 1920.

democrático. En una escala más arriba, las tensiones a raíz del mandato de los concejales entre el Poder Ejecutivo provincial y la Legislatura que promovió dicha ley Orgánica²⁶ terminaron por dejar en evidencia el carácter irresuelto de un tema que, por lo demás, se planteaba ahora en un clima más general cada vez más conflictivo y en el que asomaban tendencias reñidas con aquel mandato y legitimidad democráticos (Piazzesi, 2011).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Benassi, Nicolás (2022)**. El Club del Orden en Santa Fe ante la transformación de la sociedad (1853-1903), *Coordenadas* n° 9, vol. 1, pp. 20-40.
- **Bertero, Eliana, Pini, Valeria y Vicentín, Matías (2014)**. *Logia Armonía. Masones y librepensadores en la esfera pública. Santa Fe, 1889-1921*. Ediciones UNL.
- **Carrizo, Bernardo y Giménez, Juan Cruz (en prensa)**. Conmemoraciones y culturas políticas en la temprana democracia electoral (Santa Fe, 1912-1930), *Revista Páginas*.
- **Cervera, Manuel (1907)**. Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853. Librería e Imprenta La Unión.
- **Cervera, Manuel (Recop.) (1924)**. Actas del Cabildo colonial. Años de 1575 a 1595. Varios otros documentos históricos, t. I. Imprenta de la Provincia.
- **Duarte, María Josefina y Franco, Andrea (2019)**. Una clasificación sobre las asociaciones y centrales de trabajadores de la ciudad de Santa Fe entre los años 1896/1928, *Historia Regional* N° 41, pp. 1-15.
- **Duarte, María Josefina (2021)**. Trabajadores, patrones y Estado frente a la conflictividad laboral: la huelga de los trabajadores del Puerto de Santa Fe (1928), *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* N° 19, pp. 176-203.
- **Lassaga, Ramón (1881)**. *Historia de López*. Imprenta y Librería de Mayo.
- **Lassaga, Ramón (1896)**. *Tradiciones y recuerdos históricos*. Peuser.
- **Lloyd, Reginald (1911)**. *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte: su historia, gente, comercio, industria y riqueza*. Lloyd's Greater Britain Publishing Company.
- **Macor, Darío (2014)**. Sociedad, ciudad y ciudadanía. Los fundamentos de lo político en el espacio provincial. Santa Fe, 1912-1946, *Revista de Historia*, n° 5, pp. 245-254.
- **Martínez, Tomás (1924)**. *Censo Municipal de la Población de Santa Fe. Levantado el 29 de julio de 1923*. Talleres Gráficos La Unión.
- **Mauro, Diego (2006)**. De la prensa de círculo a los albores de la prensa comercial. En Bonaudo, Marta (dir.). *La organización productiva y política del territorio provincial (1853-1912)*, t. VI, *Nueva Historia de Santa Fe. Prohistoria/La Capital*, pp. 149-168.
- **Mauro, Diego (2010)**. *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política, Santa Fe, 1900-1937*. Ediciones UNL.
- **Micheletti, Mará Gabriela (2013)**. Memoria local y política provincial en la celebración de un homenaje. La conmemoración del centenario de un caudillo federal en la Argentina decimonónica, *Memoria y Sociedad* n° 35, pp. 59-74.

26. Santa Fe, 4 de diciembre de 1926 y 26 de marzo de 1928.

- **Municipalidad de Santa Fe (1930).** *Anuario Estadístico de la ciudad de Santa Fe*, vol. XX, Año 1928. Talleres Gráficos La Unión.
- **Piazzesi, Susana (2011).** Santa Fe política (1910–1955). En Macor, Darío (Dir.). *Signos santafesinos en el Bicentenario*. Espacio Santa-fesino Ediciones.
- **Piazzesi, Susana y Bacolla, Natacha (2015).** *El reformismo entre dos siglos. Historias de la UNL*. Universidad Nacional del Litoral.
- **Reyes, Francisco (2010).** *Armas y política en la construcción de un partido: las revoluciones de la Unión Cívica Radical de 1893 y 1905 en Santa Fe*. Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
- **Tornay, María Laura (2017).** Una (temprana) sociedad en movimiento. Mutualistas, masones y otros públicos en el ciclo asociativo de entre-siglos, 1860–1930. En Vega, Natalia y Alonso, Luciano (Comps.) *Lugares de lo colectivo en la historia local. Asociaciones, trabajadores y estudiantes en la zona santafesina*. María Muratore.